

Mira que te está esperando..., tan guapetona, tan maja, con aquel manto todito lleno de estrellas y los pies encima del *biricornio* de la luna... Verás, verás, qué bien te saco yo, monín... Si te quiero mucho; ¿pero no me conoces?... Soy Mauricia la Dura, soy tu amiguita.

Aunque andaba muy aprisa, tardaba mucho tiempo en llegar al altar, porque la capilla, que era tan chica, se había vuelto muy grande. Lo menos había media legua desde la puerta al altar... Y mientras más andaba, más lejos, más lejos... Llegó por fin y subió los dos, tres, cuatro escalones, y le causaba tanta extrañeza verse en aquel sitio mirando de cerca la mesa aquella cubierta con finísimo y albo lienzo, que un rato estuvo sin poder dar el último paso. Le entró una risa convulsiva cuando puso su mano sobre el ara sagrada... «¿Quién me había de decir?... ¡oh, mi re-Dios de mi alma que yo..., ji, ji, jil...» Apartó el Crucifijo que está delante de la puerta del sagrario, alargó luego el brazo; pero como no alcanzaba, alargábalo más y más, hasta que llegó á dolerle mucho de tantos estirones... Por fin, gracias á Dios, pudo abrir la puerta que sólo tocan las manos ungidas del sacerdote. Levantando la cortinilla, buscó un momento en el misterioso, santo y venerado hueco... ¡Oh!, no había nada. Busca por aquí, busca por allí y nada... Acordóse de que no era aquel el sitio donde está la custodia, sino otro más alto. Subió

al altar, puso los pies en el ara santa... Busca por aquí, por allí... ¡Ah!, por fin tropezaron sus dedos con el metálico pie de la custodia. Pero qué frío estaba; tan frío que quemaba. El contacto del metal llevó por todo lo largo del espinazo de Mauricia una corriente glacial... Vaciló. ¿Lo cogeria, sí ó no? Sí, sí mil veces; aunque muriera, era preciso cumplir. Con exquisito cuidado, mas con gran decisión, empuñó la custodia, bajando con ella por una escalera que antes no estaba allí. Orgullo y alegría inundaron el alma de la atrevida mujer al mirar en su propia mano la representación visible de Dios... ¡Cómo brillaban los rayos de oro que circundan el viril, y qué misteriosa y plácida majestad la de la hostia purísima, guardada tras el cristal, blanca, divina y con todo el aquel de persona, sin ser más que una substancia de delicado pan!

Con increíble arrogancia Mauricia descendía, sin sentir peso alguno. Alzaba la custodia como la alza el sacerdote para que la adoren los fieles... «¿Veis cómo me he atrevido?—pensaba.—¿No decíais que no podía ser?... Pues pudo ser, ¡qué peíne!» Seguía por la iglesia adelante. La purísima hostia, con no tener cara, miraba cual si tuviera ojos..., y la sacrilega, al llegar bajo el coro, empezaba á sentir miedo de aquella mirada. «No, no te suelto, ya no vuelves allí... A casa con tu mamá..., ¿sí? ¿Verdad que el niño no llora y quiere ir con su mamá?...» Diciendo esto,

atrevíase á agasajar contra su pecho la sagrada forma. Entonces notó que la sagrada forma no sólo tenía ya ojos profundos tan luminosos como el cielo, sino también voz; una voz que la tarasca oyó resonar en su oído con lastimero son. Había desaparecido toda sensación de la materialidad de la custodia; no quedaba más que lo esencial, la representación, el símbolo puro, y esto era lo que Mauricia apretaba furiosamente contra sí. «Chica—le decía la voz,—no me saques, vuelve á ponerme donde estaba. No hagas locuras... Si me sueltas te perdonaré tus pecados, que son tantos que no se pueden contar; pero si te obstinas en llevarme, te condenarás. Suéltame y no temas, que yo no le diré nada á don León ni á las monjas para que no te riñan... Mauricia, chica, ¿qué haces?... ¿Me comes, me comes?...»

Y nada más... ¡Qué desvarío! Por grande que sea un absurdo, siempre tiene cabida en el inconmensurable hueco de la mente humana.

X

Por la mañana tempranito, la Superiora y Sor Facunda se tropezaron al salir de sus respectivas celdas.

—Créame usted—dijo Sor Facunda,—algo hay de extraordinario. Consultaré ahora mismo

con D. León. El caso de Mauricia debe de examinarse detenidamente.

Sor Natividad, que era mujer de mucho entendimiento y estaba acostumbrada á los pueriles entusiasmos de su compañera, no hizo más que sonreír con bondad. Hubiera dicho á Sor Facunda: «qué tonta es usted, hija»; pero no le dijo nada, y sacando un manojó de llaves se fué hacia el guardarropa.

—¿Pero en dónde está esa loca?—preguntó después.

—No parece por ninguna parte—dijo Fortunata, que por orden de Sor Marcela había bajado en busca de su amiga.—Arriba no está.

En los dormitorios de las *Filomenas* había gran tráfago. Todas se lavaban la cara y las manos, riñendo por el agua, cuestionando sobre si tú me quitaste la toalla ó si esa es mi agua. «Que no, que mi agua es ésta.» Otra sacaba de debajo de la cama un zoquete de pan y empezaba á comérselo. «¡Ay, qué hambre tengo...! Con estos calores, cuidado que suda una; no se puede vivir... ¡Y ponerse ahora la tocal!»

Sor Antonia entraba, imponía silencio y les daba prisa. Oíase el esquilón de la capilla. El sacristán se había ascado varias veces por la reja de la sacristía que da al vestíbulo, diciendo sucesivamente: «Todavía no ha venido don León...» «Ya está ahí D. León...» «Ya se está vistiendo.» Oíanse en la parte alta los pasos de

toda la comunidad, que iba hacia el templo á oír la primera misa. Delante fueron las *Josefinas*, soñolientas aún y dando bostezos, empujándose unas á otras. Seguían las *Filomenas* con cierto orden, las más diligentes dando prisa á las perezosas. Donde hay muchas mujeres, tiene que haber ese rumor de colegio, que se hace superior á la disciplina más severa. Entré chacota y risas se oía el rumorcillo aquel: «Mauricia..., ¿no sabéis? Vió anoche la propia figura de la Virgen.»

—Mujer, quita allá.

—Mi palabra... Pregúntaselo á Belén.

—¡Bah!, ni que fuéramos tontas...

—¿La cara de la Virgen?... Vaya... Sería la de Nuestra Señora del Aguardiente.

Pero Sor Facunda y las de su coto iban por la escalera abajo diciendo que el hecho podía ser falso, y podía también no serlo, y que el ser Mauricia muy pecadora no significaba nada, porque de otras muchísimo más perversas se había valido Dios para sus fines.

Dijo la misa D. León, que parecía *el padre fuguilla* por la presteza con que despachaba. Había sido cura de tropa, y á las monjas no les acababa de gustar la marcial diligencia de su capellán. Más tarde celebraba D. Hildebrando, cura francés de los de babero, el cual era lo contrario que Pintado, pues estiraba la misa hasta lo increíble.

Cuando la comunidad salía de la capilla, doña Manolita, que había entrado de las últimas, sofocada, se acercó á la Superiora y le dijo que Mauricia estaba en la huerta sobre el montón de mantillo.

—Ya..., en la basura—replicó Sor Natividad frunciendo el ceño;—es su sitio.

Bajaron las recogidas al refectorio, á tomar el chocolate con rebanada de pan. Animación mundana reinaba en el frugal desayuno, y aun que las monjas se esforzaban por mantener un orden cuartelesco, no lo podían conseguir.

«Ese plato es el mío. Dame mi servilleta... Te digo que es la mía... ¡Vaya! ¡Ay, San Antonio, qué duro está el pan!... Este sí que es de la boda de San Isidro.»

—¡A callar!

Algunas tenían un apetito voraz; se habrían comido triple ración, si se la dieran.

Inmediatamente después empezaba á distribirse toda aquella tropa mujeril, como soldados que se incorporan á sus respectivos regimientos. Estas bajaban á la cocina, aquéllas subían á la escuela y salón de costura, y otras, quitándose las tocas y poniéndose la falda de *mecánica*, se dedicaban á la limpieza de la casa.

Estaba la Superiora hablando con Sor Antonia en la puerta de una celda, cuando llegó muy apurada una reclusa, diciendo: «Le he mandado que venga y no quiere venir. Me ha

querido pegar. ¡Si no echo á correr...! Después cogió un montón de aquella basura y me lo tiró. Mire usted...»

La recogida enseñó á las madres su hombro manchado de mantillo.

—Tendré que ir yo... ¡Ay, qué mujer!..., ¡qué guerra nos da!...—dijo la Superiora.—¿Dónde está Sor Marcela? Que traiga la llave de la perrera. Hoy tendremos *chinchirri-mincharras*... Está más tocada que nunca. Dios nos dé paciencia.

—¡Y Sor Facunda que me ha dicho ahora mismo—indicó Sor Antonia con franca risa y bizcando más los ojos—que Mauricia había visto á la Virgen!

La Superiora respondió á aquella risa con otra menos franca. Tres ó cuatro *Filomenas* de las más hombrunas bajaron á la huerta con orden expresa de traer á la visionaria.

—¡Pobre mujer y qué perdida se pone!—observó Sor Natividad dentro del corrillo de monjas que se iba formando.—Males de nervios, y nada más que males de nervios.

Y al decirlo, sus miradas chocaron con las de Sor Facunda, que se acercaba con semblante extraordinariamente afligido.

—¿Pero no ha consultado usted este caso con el señor capellán?—le dijo.

—Si—replicó Sor Natividad con un poco de humorismo,—y el capellán me ha dicho que la meta en la perrera.

—¡Encerrarla porque llora!...—exclamó la otra, que en su timidez no se atrevía á contradecir á la Superiora.—El caso merecía examinarse.

—Para preverlo todo—indicó la vizcaína,—avisaremos también al médico.

—¿Y qué tiene que ver el médico?... En fin, yo no sé. Quien manda, manda. Pero me parecía... Ello podrá ser cosa física; pero ¿si no lo fuera? Si efectivamente Mauricia... No es que yo lo afirme; pero tampoco me atrevo á negarlo. Aquel llorar continuo, ¿qué puede ser sino arrepentimiento? A saber los medios que el Señor escoge...

Y se retiró á su celda. Casi casi se dieron un encontronazo Sor Facunda alejándose y Sor Marcela que al corrillo se acercaba, dando balances y golpeando el suelo duramente con su pie de madera. Su semblante, descompuesto por la ira, estaba más feo que nunca; con la prisa que traía apenas podía respirar, y las primeras frases le salieron de la boca desmenuzadas por el enojo: «Ya, ya sabemos... ¡San Antonio!... Bribona..., parece mentira... ¡Ay, Dios mío!, si es para volverse loca...»

Habló algunas palabras en voz muy baja con la Superiora, quien al oírlas puso una cara que daba miedo.

—Yo..., bien lo sabe usted...—balbució Sor Marcela,—lo tenía para mi mal del estómago..., coñac superior.

—Pero esa maldita, ¿cómo...? Si esto parece... ¡Jesús me valga! Estoy horrorizada. ¿Pero cuándo...?

—Es muy sencillo..., hágase usted cargo. Anteayer, ¡San Antonio bendito!, cuando estuvo en mi celda moviendo los trastos para coger el ratón.

A la Superiora se le escapó, sin poderlo remediar, una ligera sonrisilla; mas al punto volvió á poner cara de palo. Y la enana corrió hacia donde estaban las recogidas, y lo mismo que dijera á Sor Natividad se lo repitió á Fortunata, sin poner un freno á su ira: «¿Habrás visto diablura semejante?... ¿Qué te parece? ¡Estamos todas horripiladas!»

Fortunata no dijo nada y se puso muy seria. Quizás no la cogía de nuevo la declaración de la monja. Obedeciendo á ésta, subió al dormitorio en busca de pruebas del nefando crimen imputado á su amiga.

—Ahí tienen ustedes—decía la Superiora á las que más cerca de ella estaban—cómo esa arrastrada ha visto visiones... ¡Ya!, ¡qué no vería ella!... ¿Pero no viene al fin? Yo le juro que no vuelve á hacernos otra. Es preciso ajustarle bien las cuentas...

La cojita se presentó otra vez en el corralillo mostrando la enorme llave de la perrera; la esgrimía como si fuera una pistola, con amenaza homicida. Realmente estaba furiosa, y el tope-

tazo de su pie duro sobre el suelo tenía una violencia y sonoridad excepcionales. En esto llegó Fortunata trayendo una botella, que al punto le arrebató Sor Marcela.

—¡Vacía, enteramente vacía!—exclamó ésta levantándola en alto y mirándola al trasluz.—Y estaba casi llena, pues apenas...

Aplicó después su nariz chafada á la boca de la botella, diciendo con lastimera entonación: «No ha dejado más que el olor... ¡Bribonaza!, ya te daría yo bebida...» De la nariz de la coja pasó el cuerpo del delito á la de Sor Natividad, y de ésta á otras narices próximas, resultando, de la apreciación del tufo, mayor severidad en el comentario del crimen.

—¡Qué asco! Buen pechugón se ha dado...—exclamó la Superiora.—Ya, ¡cómo estará aquel cuerpo con todo ese líquido ardiente! Nunca nos había pasado otra... La arreglaremos, la arreglaremos. ¿Pero viene ó no?

Bajaba ya, decidida á abreviar la tardanza del acto de justicia, cuando se oyó un gran tumulto. Las tres mujeres que habían ido en busca de la delincuente, pasaban de la huerta al patio por la puertecilla verde, huyendo despavoridas y dando voces de pánico. Sonó en dicha puerta el estampido de un fuerte cantazo.

—¡Que nos mata, que nos mata!—gritaban las tres, recogiendo sus faldas para correr más fácilmente por la escalera arriba. Asomáronse

las madres al barandal del corredor que sobre el patio caía, y vieron aparecer á Mauricia, descalza, las melenas sueltas, la mirada ardiente y extraviada, y todas las apariencias, en fin, de una loca. La Superiora, que era mujer de genio fuerte, no se pudo contener, y desde arriba gritó: «Trasto... infame, si no te estás quieta, verás.»

—Una pareja, una pareja de Orden Público— apuntaron varias voces de monjas.

—No..., veréis... Si yo me basto y me sobro... —indicó la Superiora, haciendo alarde de ser mujer para el caso.—Lo que es conmigo no juega.

Púsose Mauricia de un salto en el rincón frontero al corredor donde las madres estaban, y desde allí las miró con insolencia, sacando y estirando la lengua y haciendo muecas y gestos indecentísimos.

—¡Tiorras, so tiorras!—gritaba, é inclinándose con rápido movimiento, cogió del suelo piedras y pedazos de ladrillo, y empezó á dispararlos con tanto vigor como buena puntería. Las monjas y las recogidas, que al sentir el alboroto salieron en tropel á los corredores del principal y del segundo piso, prorrumpieron en chillidos. Parecía que se venía el mundo abajo. ¡Dios mío, qué bulla! Y á las exclamaciones de arriba respondía la tarasca con aullidos salvajes.

Unas se agachaban resguardándose tras el

barandal de fábrica cuando venía la pedrada; otras asomaban la cabeza un momento y la volvían á esconder. Los proyectiles menudeaban, y con ellos las voces de aquella endemoniada mujer. Parecía una amazona. Tenía un pecho medio descubierto, el cuerpo del vestido hecho jirones, y las melenas cortas le azotaban la cara en aquellos movimientos de hondero que hacía con el brazo derecho. Su catadura les parecía horrible á las señoras monjas; pero estaba bella en rigor de verdad, y más arrogante, varonil y napoleónica que nunca.

Sor Marcela intentó bajar valerosa, pero á los tres peldaños cogió miedo y viró para arriba. Su cara filipina se había puesto de color de mostaza inglesa.

—¡Verás tú si bajo, infame diablo!—era su muletilla; pero ello es que no bajaba.

Por una reja de la sacristía que da al patio asomó la cara del sacristán, y poco después la de D. León Pintado. Dos monjas que estaban de turno en la portería se asomaron también por otra ventana baja; pero lo mismo fué verlas Mauricia que empezar también á mandarles piedras. Nada, que tuvieron que retirarse. Asustadas las infelices, quisieron pedir auxilio. En aquel instante llamó alguien á la puerta del convento, y á poco entró una señora, de visita, que pasó al salón, y enterándose de lo que ocurría, asomóse también á la ventana baja. Era

Guillermina Pacheco, que se persignó al ver la tragedia que allí se había armado.

—¡En el nombre del...! ¡Pero tú!... ¡Mauricia!..., ¿cómo se entiende?... ¿qué haces?... ¿estás loca?

La portera y la otra monja no la pudieron contener, y Guillermina salió al patio por la puerta que lo comunica con el vestíbulo.

—Guillermina—gritó Sor Natividad desde arriba,—no salgas... Cuidado..., mira que es una fiera... Ahí tienes, ahí tienes la alhaja que tú nos has traído... Retírate por Dios, mira que está loca y no repara... Hazme el favor de llamar á una pareja de Orden Público.

—¿Qué pareja ni pareja?—dijo Guillermina incomodadísima.—¡Mauricia!..., ¡cómo se entiende!

Pero no había tenido tiempo de decirlo cuando una peladilla de arroyo le rozó la cara. Si le da de lleno la descalabra.

—¡Jesús!... Pero no, no es nada.

Y llevándose la mano á la parte dolorida, clamó: «¡Infame, á mí, á mí me has tirado!»

Mauricia se reía con horrible descaro.

—A usted, si, y á todo el género mundano—gritó con voz tan ronca que apenas se entendía;—so tía pastelera... Váyase pronto de aquí.

Las monjas, horrorizadas, elevaban sus manos al cielo; algunas lloraban. En esto, D. León Pintado había abierto con no poco trabajo la reja

de la sacristía; saltó al patio, única manera de comunicarse con el convento desde la sacristía, y abalanzándose á Mauricia le sujetó ambos brazos.

—¡Suéltame, León, capellán de peinetas!—rugió la visionaria...

Pero Pintado tenía manos de hierro, aunque era de pocos ánimos, y una vez lanzado al heroísmo, no sólo sujetó á Mauricia, sino que le aplicó dos sonoras bofetadas. La escena era repugnante. Tras el capellán salió también su acólito, y mientras los dos arreglaban á la Dura, las monjas, viendo sojuzgado el enemigo, arriesgáronse á bajar y acudieron á Guillermina, que con el pañuelo se restañaba la sangre de su leve herida. Con cierta tranquilidad, y más risueña que enojada, la fundadora dijo á sus amigas: «¡Cuidado que pasan unas cosas...! Yo venía á que me diérais los ladrillos y el cascote que os sobran, y mirad qué pronto me he salido con la mía... Nada, ponedla ahora mismo en la calle, y que se vaya á los quintos infiernos, que es donde debe estar.»

—Ahora mismo. D. León, no la maltrate usted—dijo la Superiora.

—¡Zángano!... ¡Mala puñalada te mate!...—bramaba Mauricia, que ya tenía pocas fuerzas y había caído al suelo.—¡Un sacerdote pegando á una... señora!

—Que le traigan su ropa—gritó Sor Nativi-

dad.—Pronto, pronto. Me parece mentira que la veré salir...

Mauricia ya no se defendía. Había perdido su salvaje fuerza; pero su semblante expresaba aún ferocidad y desorden mental.

Luego se vió que desde el corredor alto tiraban un par de botas, luego un mantón...

—Bajarlo, hijas, bajarlo—dijo desde el patio la Superiora, mirando hacia arriba y ya recobra la serenidad con que daba siempre sus órdenes. Fortunata bajó un lío de ropa, y recogiendo las botas, se lo dió todo á Mauricio, es decir, se lo puso delante. La espantosa escena descrita había impresionado desagradablemente á la joven, que sintió profunda compasión de su amiga. Si las monjas se lo hubieran permitido, quizás ella habría aplacado á la bestia.

—Toma tu ropa, tus botas—le dijo en voz baja y en tono apacible.—Pero, hija, ¿cómo te has puesto!... ¿No conoces ya que has estado trastornada?

—Quitate de ahí, pendoncillo..., quitate ó te...

—Dejarla, dejarla—dijo la Superiora.—No decirle una palabra más. A la calle, y hemos concluido.

Con gran dificultad se levantó Mauricio del suelo y recogió su ropa. Al ponerse en pie pareció recobrar parte de su furor.

—Que se te queda este lío.

—Las botas, las botas.

La tarasca lo recogió todo. Ya salía sin decir nada, cuando Guillermina la miró severamente.

—¡Pero qué mujer esta! Ni siquiera sabe salir con decencia.

Iba descalza, cogidas las botas por los tirantes.

—Póngase usted las botas—le gritó la Superiora.

—No me da la gana. Agur... ¡Son todas unas judías pasteleras!...

—Paciencia, hija, paciencia...; necesitamos mucha paciencia—dijo Sor Natividad á sus compañeras, tapándose los oídos.

Se le franquearon todas las puertas, abriéndolas de par en par y resguardándose tras las hojas de ellas, como se abren las puertas del toril para que salga la fiera á la plaza. La última que cambió algunas palabras con ella fué Fortunata, que la siguió hasta el vestíbulo movida de lástima y amistad; y aun quiso arrancarle alguna declaración de arrepentimiento. Pero la otra estaba ciega y sorda; no se enteraba de nada, y dió á su amiga tal empujón, que si no se apoyaba en la pared cae redonda al suelo.

Salió triunfante, echando á una parte y otra miradas de altivez y desprecio. Cuando vió la calle, sus ojos se iluminaron con fulgores de júbilo, y gritó: «¡Ay, mi querida calle de mi

alma!» Extendió y cerró los brazos, cual si en ellos quisiera apretar amorosamente todo lo que veían sus ojos. Respiró después con fuerza; paróse mirando azorada á todos lados, como el toro cuando sale al redondel. Luego, orientándose, tiró muy decidida por el paseo abajo. Era cosa de ver aquella mujerona descalza, desgarrada, melenuda, despidiendo de sus ojos fiereza, con un lio bajo el brazo y las botas colgando de una mano. Las pocas personas que por allí pasaban, miráronla con asombro. Al llegar junto á los almacenes de la Villa, pasó por junto á varios chicos, barrenderos, que estaban sentados en sus carretillas con las escobas en la mano. Tuviéronla ellos por persona de poco más ó menos, y se echaron á reir delante de su cara napoleónica.

—Vaya qué buena *curda* te llevas, ¡oleeé!...

Y ella se les puso delante en actitud arrogantisima, alzó el brazo que tenía libre y les dijo:

—¡Apóstoles del error!

Prorrumpiendo al mismo tiempo en estúpida risa, pasó de largo. A los barrenderos les hizo aquello mucha gracia, y poniéndose en marcha con las carretillas por delante y las escobas sobre ellas, siguieron detrás de Mauricia, como una escolta de burlesca artillería, haciendo un ruido de mil demonios y disparándole bala rasa de groserías é injurias.

VII

La boda y la luna de miel.

I

Por fin se acordó que Fortunata saldría del convento para casarse en la segunda quincena de Septiembre. El día señalado estaba ya muy próximo, y si el pensamiento de la reclusa no se había familiarizado aún de una manera terminante con la nueva vida que la esperaba, no tenía duda de que le convenía casarse, comprendiendo que no debemos aspirar á lo mejor, sino aceptar el bien posible que en los sabios lotes de la Providencia nos toca. En las últimas visitas, Maxi no hablaba más que de la proximidad de su dicha. Contóle un día que ya tenía tomada la casa, un cuarto precioso en la calle de Sagunto, cerca de su tía; otro la entretuvo refiriéndole pormenores deliciosos de la instalación. Ya se habían comprado casi todos los muebles. Doña Lupe, que se pintaba sola para estas cosas, recorría diariamente las almonedas anunciadas en *La Correspondencia*, adquiriendo gangas y más gangas. La cama de matrimonio fué lo único que se tomó en el almacén; pero doña Lupe la sacó tan arreglada, que era como